

EL SACRO MONTE.

"El Señor del Sacromonte de Amecameca, Imágen llamada del Santo Entierro; La Gruta en que se halla colocada, el templo que le sirve de continuation, su casa de ejercicios y el lugar en que todo está situado, convidan á contemplacion".

(*Ilmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Itinerario para una peregrinacion espiritual, segunda decada pág. 28.*)

I.

A catorce leguas de México, hácia el Oriente, con declinacion al Mediodia, en un pequeño valle, quizá el más elevado de la mesa central, tiene asiento, separado de todos los demás montes de su alrededor, el bellissimo cerro llamado *el Sacro-Monte*. Casi de forma piramidal, bien prolongado en altura, revestido de una vegetacion exuberante en que sobresale el cedro y la encina, de cuyos respectivos follajes penden á manera de cabellera encanecida por el tiempo, madejas de heno; el *Sacro-Monte* se ostenta dueño absoluto de toda la comarca, en que sus moradores disfrutan de un clima refrescante, agradable y sano. Observador perpétuo de esos dos majestuosos gigantes del Anáhuac, siempre cubiertos de nieve, el Popocatepetl y el Ixtlaxiuhatl; frente por frente de ellos, ofrece al viajero uno de los más sublimes espectáculos de la creacion. Dan mayor realce á esta perspectiva los sembradores de los campos, donde al mismo tiempo que el invierno seca el maíz y todos los cereales de la estacion de aguas, al trigo, que la feracidad de la tierra es suficiente riego para producirlo, le dá mayor verdor y lozanía. No parece, á juzgar por el modo con que se suceden las siembras, que donde es más riguroso el invierno no hay escarcha, ni hielo, siendo así que en ninguna otra parte del país es más frecuente que aquí el que los montes, campos y pueblos estén cubiertos de nieve. Viene á completar el cuadro, la poética ciudad de Amecameca. Extendida de Norte á Sur en una distancia poco menos de

una legua sobre la falda oriental del *Sacro-Monte*, casi en sentido paralelo, con sus casas cubiertas de tejamanil, teja ó zinc, por la abundancia de lluvias, se asemeja á un vasto campamento donde bajo sus tiendas de campaña se abrigan más de diez mil personas entre hombres, mujeres y niños, la mayor parte de aborígenes, no pocos de los que llaman *de razon* y algunos españoles. La sola presencia de esta poblacion trae á la memoria entre la multitud de recuerdos históricos, la antigua y celeberrima capital de los chalcas, cuando éstos sostenian guerras sangrientas con Moctezuma el viejo; aquella ciudad de la cual dice Cortés, que cuando estuvo en ella con los suyos tres dias, de paso para México, tenia veinte mil casas; la patria de aquel asombro de las letras, Sor Juana Inés de la Cruz, cuyo solo nombre basta para hacerla notable é inmortal. No sin razon el historiador que llega á visitarla, escudriña su origen, progresos y tradiciones, y á falta de documentos originales, busca la narracion de los más ancianos del pueblo; el poeta absorto de tanta grandeza, como ofrecen estos lugares, alcanza las más felices inspiraciones para entonar himnos en honor del Hacedor; el fotógrafo, armado de su cámara oscura, aprovecha los mejores momentos para enriquecer su álbum artístico con estos riquísimos paisajes; y extranjeros ó mexicanos que han recorrido la mayor parte del globo, rendidos ante la evidencia, no han podido menos de confesar que en ningun otro lugar han admirado tanta sublimidad y belleza como en el *Sacro-Monte*.

II.

Sin embargo, en el orden religioso, exceden en mucho las satisfacciones morales á las galas de la naturaleza, tan pródigas en este lugar. Cerca de la cúspide de este cerro toman asiento un templo y una cueva, que en un principio sólo fué ermita, donde á pocos días de la conquista, por el año de 1527, se erigió una tumba en honor del Santo Sepulcro del Redentor, cuya Sacratísima Imágen tiene la advocacion del *Señor del Sacro-Monte*; dando esta Efigie tal celebridad á dicho cerro, que apenas habrá católico mexicano que no solicite una medalla, una estampa, una reliquia de la citada Imágen, sino es que ya se gloria de poseer alguno de estos objetos. Y á la verdad que tienen razon. Entrando en este Santuario, al punto se siente la presencia de Dios, y olvidado el peregrino de cuanto ha arrobado su atencion en el orden natural, parece que escucha allí las siguientes palabras pronunciadas por Jacob, cuando despertó del sueño en que se le mostró aquella escala misteriosa por donde subian y bajaban ángeles del cielo: "*Hic est domus Dei et porta coeli.*" Esta es casa de Dios y puerta del cielo. Y es que en este lugar todo convida á meditacion y á penitencia. Antiguos y modernos historiadores lo han descrito así. Oigamos cómo se expresaban los cronistas religiosos, algunos de esta devotísima Casa, al hacer la biografía del V. Fundador de ella Fr. Martin de Valencia. Descuella en primer lugar Fr. Toribio Motolinía, uno de los doce primeros franciscanos que vinieron al país, quien en su "Historia de los Indios de la Nueva España," dice: "que es casa muy quieta y aparejada para orar; porque está en la ladera de una terracilla, y es un eremitorio muy devoto, y junto á esta casa está una cueva devota y muy al propósito del siervo de Dios (Fr. Martin de Valencia), para á tiempos darse allí á la penitencia." — Fr. Jerónimo de Mendieta, de la misma orden, en su "Historia Eclesiástica Indiana," describiendo el Monte-Sacro, así se expresa respecto á la ermita: "A un lado del cerro, habiendo subido por él como cuarenta ó cincuenta estados, poco más ó menos, está una cueva formada de naturaleza en la viva

peña de hasta quince piés en ancho y algo más en largo, y ménos de alto, á manera de ermita, aparejada todo lo del mundo para convidar á su morada á los que tienen vida solitaria." Más adelante dice: *que apenas entra hombre en aquella cueva, que no salga compungido y lleno de lágrimas.* Los autores de la "Relacion breve y verdadera del viaje en Nueva España de Fr. Alonso Ponce" comisario de la orden seráfica, al tratar de este Santuario y de cómo lo visitaba Fr. Martind Valencia, dicen: que en él "solía este siervo de Dios recogerse á orar y meditar en una cueva que está en un cerro, casi de forma piramidal, al un lado del mismo pueblo de Amecameca, cuarenta ó cincuenta estados de lo llano, donde están las casas formadas de naturaleza en la viva peña, quince piés de ancho y algo más de largo y ménos de alto, á manera de ermita."

Fr. Juan de Torquemada, de la misma orden, en su "Monarquía Indiana," dice lo mismo que el P. Mendieta, s-bien es curiosa la noticia que dá del Memorial que Fr. Juan Bautista Moles hizo de la provincia de San Gabriel, donde al tratar del Sacro Monte llama á esta santa casa "*la hermita de Fr. Martin de Valencia.*" — Por último, Fr. Agustín de Padilla, de la orden de predicadores, en su Historia de la Provincia de Santiago de la misma orden en Nueva España, dice que es una "*ermita devotísima, llena de particularidades que intiman su devocion.*" "Está fundada, prosigue, sobre un cerro, y en lo alto dél una peña cavada, que haze forma de sepulcro, descubriendo una capillita de obra de veynete piés en quadro. Tiene un altar dedicado al sepulcro de Christo nuestro Señor, y en él está todo el año la ymágen, que se descien-de de la Cruz; y se visita y muestra, y en particular todos los viérnes del año, que se dize Missa en esta Hermita; y algunos dellos se predica." Hasta aquí las descripciones del siglo XVI.

Notable es entre las modernas, la que hace de este Santuario J. M. D., autor del artículo "Una Romería," publicado en *El Espectador de México* correspondiente al 6 de Marzo de 1852. "El templo del Señor, dice, es una preciosísima capilla, rica, vistosa y majestuosamente adornada; haciendo re-

saltar más su grandeza, así el bello altar en que se halla colocada la venerable efigie, como la riqueza y primor de los adornos de ésta. El altar es de mármol negro, por el frente que dá al templo, y por los otros, amarillo; la urna ó nicho de mármol blanco, labrado en columnas y cubierto con cristales, que dejan ver por todas partes al Señor, y ha sido obra de los Señores Tangassi y hermanos. Anteriormente no tenía más templo la imágen que una cueva, y ésta sirve hoy como de camarín ó de una segunda capilla, de manera que la puerta del templo dá al Oriente y la entrada de la cueva al Poniente, teniendo el altar dos frentes, uno para la capilla y otra para la cueva."

"El templo se halla situado, sobre la falda de un monte, como á doscientas varas de elevacion sobre el piso del pueblo; se sube por una escala plana, escalonada en parte y en parte con solo una rampa empedrada: á uno y otro lado cubren la calzada ahuehuetes seculares y el monte se hace más y más espeso á proporcion que se sube."

III.

Despues de leidas las anteriores descripciones en que no sólo religiosos de distintas órdenes, sino escritores de alta reputacion del estado seglar, se disputan á porfía el honor de consagrar su pluma para dar á conocer este Santuario, ocurre preguntar: ¿cuál es el origen de la altísima veneracion que tributan á la sacrosanta Imágen que yace en el santo Sepulcro, como si acabara de ser bajado de la Cruz de la Redencion? El correcto literato Lic. D. Ignacio Altamirano así se expresa al examinar este punto en sus "Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México:" "La leyenda popular cuenta, que el *Señor del Sacro-Monte* se apareció en ese lugar; que algunos arrieros, conduciendo imágenes que llevaban á los pueblos del Sur, perdieron una mula que cargaba precisamente la caja que contenia al Cristo, y que esta mula con su caja se encontró en la gruta que convirtieron en santuario los habitantes, bien convencidos de que el cielo les daba una señalada muestra de su voluntad de que el Señor permaneciera allí." "Estas y otras versiones

corren de boca en boca, y han sido trasmitidas de padres á hijos por espacio de trescientos cincuenta años en aquellos lugares, y entre aquellos pueblos religiosos y sencillos.

"La historia del *Señor del Sacro-Monte*, prosigue, es más humana y fundada, y puede reconstruirse con los datos que nos presentan los escritores del siglo XVI.

"Ella se roza enteramente con la vida de aquel misionero apostólico, y santo que vino á la Nueva España, como el jefe de los doce franciscanos, no los primeros que habian venido, que fueron los P. P. Juan de Tecto, Juan de Aora y Pedro de Gante, pero sí de los que fundaron la Provincia del Santo Evangelio, tan fructuosa en buenos resultados para el cristianismo en estas regiones. Quiero hablar del P. Fray Martin de Valencia, gran amigo y protector de los indios, como todos sus compañeros, y modelo de virtudes."

Efectivamente, el Primer Apóstol de Nueva España, *hombre de penitencia*, como se holgaba en llamarlo el primer Obispo y Arzobispo de México, Don Fr. Juan de Zumárraga, íntimo amigo suyo en las empresas espirituales, desde que profesó en Mayorca, Convento de la Provincia de Santiago y de las más antiguas casas de España, hasta que salió del Sacro-Monte para no volver más á él, pues que la muerte le esperaba en el embarcadero de Ayotzingo; se ocupó en la meditacion y contemplacion de los padecimientos del Redentor. "Tuvo por su maestro, dice el Padre Motolinía en la obra citada, á Fr. Juan de Argumanes, quedespues fué provincial de la Provincia de Santiago; con la doctrina del cual y con su grande estudio, fué alumbrado su entendimiento para seguir la vida de Nuestro Redentor Jesucristo." Despues que cantó misa fué siempre creciendo de virtud en virtud; porque además de lo que yo ví en él, porque le conocí por más de veinte años, oí decir á muchos buenos religiosos, que en su tiempo no habian conocido religioso de tanta penitencia, ni que con tanto tezon perseverase siempre en allegarse á la Cruz de Jesucristo, tanto, que cuando iba por otros conventos ó provincias á los capítulos, pa-

recia que á todos reprendia su aspereza, humildad y pobreza." Y tratando de sus ejercicios, cuando ya residia en el país, dice: "Desde Domínica *in Passione* hasta la Pascua de Resurreccion, dábase tanto á contemplar en la Pasion del Hijo de Dios más que otro tiempo, que muy claramente se le parecia en lo exterior. Y una vez en este tiempo que digo, viéndole un fraile, buen religioso, muy flaco y debilitado, preguntándole, dijo: "Padre, ¿estais mal dispuesto? Por cierto os veo muy flaco y debilitado. Si no es enfermedad, dígame vuestra reverencia la causa de su flaqueza."—Respondió: "Creedme, hermano, pues me compeleis á que os diga la verdad, que desde la Domínica *in Passione*, que el vulgo llama Domingo de Lázaro, hasta la Pascua, que estas dos semanas siente tanto mi espíritu, que no lo puedo sufrir sin que exteriormente el cuerpo lo sienta y lo muestre como veis." En la Pascua tornó á tomar fuerzas de nuevo. Estas cosas no las decia el varon de Dios á todos, sino á aquellos religiosos que eran más sus familiares, y á quienes él sentia que convenia y cabia bien decirles; porque era muy enemigo de manifestar á nadie sus secretos. Y que esto sea verdad, verse há por lo que ahora contaré. Estando el siervo de Dios en España, en el Monasterio de Belvis, predicando la Pasion, llegando al paso de cuando Nuestro Señor fué puesto y enclavado en la cruz, fué tanto el sentimiento que tuvo, que saliendo de sí fué arrobado, y se quedó yerto como un palo, hasta que le quitaron del púlpito. Otras dos veces le aconteció lo mismo, aunque la una, que fué morando en el Monasterio de la Lapa, que tornó en sí más aina y quiso acabar de predicar la Pasion, era ya la gente ida del Monasterio."

¿Quién, al acabar de leer estos fragmentos, no vé á nuestro Valencia extasiado en la Cueva del Sacro-Monte ante la Veneranda Imágen del Redentor en su Santo Sepulcro? ¿Quién no vé empapándole con sus lágrimas y pidiendo la conversion de los infortunados naturales del país? Solo quien no conozca la historia de nuestra conquista cristia-

na. Oigamos lo que dice el Padre Mendia describiendo la ermita del Sacro-Monte: "Y así este lugar era singular recreacion al espiritual siervo de Dios, Fr. Martin de Valencia, y todo cuanto pudo lo frecuentó; tanto, que por gozar de él, holgaba de morar en Tlalmanalco más que en otro convento, y muy á menudo se iba allí, así por visitar y doctrinar los indios de aquel pueblo que estaban á su cargo, como recogerse y darse todo á Dios en aquella cueva, sin ruido de gentes y sin bullicio de negocios. Allí pasaba él con mucho rigor sus ayunos y cuarentenas; allí ejercitaba de veras sus acostumbradas penitencias; allí se le pasaban dias y noches en continua oracion y meditacion de la Pasion de Cristo Crucificado, mortificando su carne con diversos géneros de afliccion y castigo. Allí se cuenta que salia de la cueva á orar por las mañanas á una arboleda, y se ponía debajo de un árbol grande que allí estaba, y en poniéndose allí se hinchia el árbol de aves que le hacian graciosa armonía, que parecia le venian á ayudar á loar á su Criador. Y como él se partia de allí, las aves tambien se iban, y despues de su muerte nunca más fueron allí vistas. Tambien se cuenta en su historia, que en aquel eremitorio le aparecieron al varon de Dios el Padre San Francisco y San Antonio, y dejándolo en extremo consolado, le certificaron de parte de Dios que era hijo de salvacion. Los indios, que bien sabian de lo que el santo se ocupaba, estaban admirados de su austeridad, y recibian grandísima edificacion, y confirmaban en sus corazones la opinion que de su santidad tenian concebida por las demás virtudes que en él conocian y doctrina que les enseñaba, viendo que sus obras conformaban con las palabras de su predicacion evangélica muy á la letra, y no dudando ser santo y escogido de Dios."

IV.

Resumiendo cuanto se ha dicho y puede decirse sobre el origen de la fervorosa devocion de los mexicanos á la Sacratísima Efigie que aquí se venera; el distinguido escritor Lic. D. Francis-

co Sanchez Santos, testigo ocular de los sollozos y ternura con que se acercan á la urna donde repósa dicha Efigie, en un artículo que publicó en *El Nacional*, de 20 de Junio del presente año, intitulado "El Sacro-Monte," con la exactitud y elegancia que acostumbra, contesta de la manera siguiente á estas preguntas: "¿Quién les inspiró esta devocion? ¿quién los llama al Santuario de Amecameca, especialmente los dias del Carnaval, todos los años?—La voz de la tradicion, algo como el eco dulce de Fray Martin de Valencia, que oró en ese lugar, vivió allí, y se martirizó tantos años porque tuviera salud y vida la raza de los conquistados. La urna donde está la Imágen del Señor ocupa el lugar preferente de la Capilla, en cuyo único altar han caido muchas lágrimas. En las espaldas del pequeño templo está una cueva formada en la roca y sin más adorno que un altar, bien sencillo, y las escabrosidades de las peñas; un cristal solo separa la urna de la Capilla de la cueva; este lugar es el predilecto de los piadosos viajeros, y la piedra del altar está gastada por los lábios de los indígenas; sus besos y sus lágrimas han tocado esas aras millones de veces. ¿Quién sabe cuántos dolores habrán desaparecido allí! ¿Quién sabe bajo esas peñas mudas, cuántas almas se habrán purificado, bañándose en sus propias lágrimas!"

No parece sino que este jóven escritor, así como ha presenciado las romerías celebradas despues de 1880, en que el vapor unió la Capital de México con esta ciudad, habia asistido á las de los anteriores años en que los peregrinos á pié, á caballo, y muy pocos en carruaje, así los dos dias precedentes al *Miércoles de Ceniza*, como los de la Semana Mayor, llenaban los cuatro caminos que conducen á esta ciudad. Pero no; asistia á las solemnidades, en que las caravanas de fieles, lo mismo en cabalgatas que en ferrocarril, presentan un nuevo espectáculo, favorecido por los adelantos del siglo, llamados á servir al Soberano Autor de las ciencias. Ya no son únicamente los caminos de Puebla, Tlalmanalco, Ayapango y Morelos los que ostentan una procesion

continua y la más concurrida en los dias referidos; es el ferrocarril de Morelos, donde si no se trasportan ciudades enteras, toman asiento en él multitud de sus respectivos representantes. De todos los climas, de todas las razas y dialectos nacionales, toman parte en las solemnidades que se celebran en el *Sacro Monte el Miércoles de Ceniza*, y los dias santos en la Parroquia. De admirarse es, como ancianos, jóvenes y niños, sábios é ignorantes, ricos y pobres, mexicanos y extranjeros, unos coronados de flores, otros dirigiendo vistosas danzas, aquellos con escogidas músicas, y todos con profundo respeto se acercan al altar del Señor. Más de cincuenta mil creyentes forman una agrupacion humana indescriptible. Sin embargo, cuanto la fé de nuestros padres excedia en pureza y sencillez, así excedia en fervor y sacrificio. Aún existen vestigios indelebles que atestiguan hasta donde llegó la devocion de los primitivos católicos mexicanos. La palabra *Sacro-Monte*, uno de aquellos, jamás se hubiera trasmitido á los pósteros, si el cerro no hubiera presentado en aquella época una especie de monasterio, en que los techos eran formados con las frondas de los árboles. Sobre todo, el color de la Imágen enteramente ennegrecido, representa los millares de cirios y todo el incienso que millones de peregrinos han ofrecido al Señor, durante muchos años. ¡Nada más sublime que acercarse á esta sacratísima Imágen, y leer en ella como en un libro, la historia de la veneracion profundísima que ha recibido en más de tres siglos! ¡Cuán consolador es admirar en nuestros dias no sólo á los indígenas sencillos de los más lejanos pueblos, sino tambien á eminencias eclesiásticas y literarias de las más populosas capitales, presentarse en todo tiempo de rodillas ante el Altar del Señor! ¡Cuán consolador en fin, es oír de los lábios de distinguidos peregrinos estas palabras: ¡Oh qué felices seríamos viviendo en este Tabor todos los dias de nuestra vida!

Amecameca, Noviembre de 1886.

PREBÍTERO BR. FORTINO H. VERA.
(Escrito para este Almanaque.)